

Alfonso Alcalde

El bandido Joe (1)



ENTONCES el jefe dijo: «Joe, puedes dejar esa manzana y retirarte». Y Joe colocó en una esquina de la mesa el coágulo encendido de la fruta observando su lento temblor, su danza roja y blanca. Luego abrió la puerta y haciendo rodar su voz: «Está bien, jefe».

En realidad, sorprendí a la víctima avanzando con su sombra partida contra la pared. Debió asombrarle

(1) Alfonso Alcalde es, fundamentalmente, un poeta. Su poesía fluye desde su voz, desde su misma «manera de ser», hasta los cuentos, cuando los escribe. En el verso ha logrado asirse, en medio de una amargura que brota de su interior, a la gran amargura colectiva. Alcalde suele decir: «No se puede llegar al pueblo por simple simpatía sino por identificación». Y es por identificación que ahora nos ofrece estos cuentos. Identificación total con los marineros hostiles, con su hostilidad de sal, con el alma de un grupo de gente extraña, fuera de ley, entre el aburrido juego de barajas y la orden dada en voz de consejo por el jefe, con el trabajo final del protagonista. Hay en ellos algo de poemas en prosa, emergiendo esa sombra gris de amargura, de dolor espeso, que quien sabe si no sea ya característica de toda una generación que tiene un concepto y una preocupación por el arte, convertidos en angustia y lucha incesante hasta su realización.—N. de la R.

la máscara elegida para tal oportunidad, casi siempre de mal gusto, pues siempre escojo la careta menos propicia para el crimen. Sólo mis ojos llevan la ferocidad de rigor y participan sin ningún sentido del equilibrio en el conjunto: las cejas, la nariz y los labios. Además dudé unos instantes antes de elegir la herida. Recorrí fugazmente su corazón y después su abdomen bastante amplio para el temblor de mi mano y de mi cuchillo. Casi una verdadera fruición que pasaba de mi cuerpo a su muerte sujeta en el alma, con un pequeño naufragio.

Se entablan en estas circunstancias los diálogos de terror y angustia, además de la risa del asesino y de su total e implacable negativa, para acceder en algunas peticiones.

Yo generalmente abandono la muerte con una ternura paternal, sin grandes titubeos, con una tranquila seguridad en mi silencio cuando bajo las grandes escaleras. Y por experiencias anteriores acostumbro regresar y me complace sorprenderme del producto así elaborado como quien contempla el mar. Veo el orden distribuído sobre las manos, en los ojos entornados, en los labios muertos: es decir la máscara que utilizaré en la próxima oportunidad, porque siempre estoy usando esta clase de accesorios. Bajo definitivamente haciendo sonar mis zapatos, adelantándome a toda clase de sospechas y acojo con tenacidad una rigurosa disciplina para huir, pero interiormente, lentamente para los tran-

seuntes, tratándose que el sonido del caos no caiga en las grandes orejas de los curiosos.

Regreso a la niebla que circunda al jefe, él está rodeado de cigarrillos que ruedan de un lado para otro, colgados de la boca y mira como muerdo otra vez la fruta abandonada sobre la mesa. «Te has demorado un poco», me dice. Me entrega los dineros convenidos; he aquí que lo hace sin darle mayor importancia, pero está seguro que es una muerte mal compensada y a pesar de todo saca los grandes billetes arrugados como el agua donde ha caído una abeja.

Puedo tirar los dados y su sonido opaco dentro de mi mano repiqueteando como una campana de arena y miro caer el azar repartido bajo las mujeres que ríen, todas menos una, tratando de este modo de ir trasladando la tristeza de aquí para allá, mientras fuman con un pie incrustado en la pared y me miran recoger la ganancia obtenida. Sucede que en esta clase de juegos se producen grandes y violentos altercados y el caballo de agua y el trébol azul de los naipes es llenado de sangre; pero una sangre diminuta: nada más que estos gritos de estas mujeres que se derrumban sobre uno, sollozando. Entonces es posible explicarse la poca utilidad de los ojos, porque siempre falta uno o está a punto de perderse como en el caso de Felipe que me mira insistente con su voz y nada más que con una sola mirada. Es uno de mis tenaces enemigos y ocurre que, frecuentemente, él tiene su revólver sobre la mesa como un nuevo ojo acechando mi traición constante. Y bebe

mos—él con la botella sobre el corazón—y yo tratando de sacar de ella estos endemoniados sueños que nunca se sabe de donde llegan. Y puedo explicar que estoy alegre esperando las nuevas consignas, mientras oigo repiquetear los zapatos del jefe encima de las botellas, cayendo en el fondo vacío de su tristeza. «Soy el destinado—me explica el jefe—a hacer el chirrido de los autos después de los asaltos de los bancos. Acostumbro a saltar sobre los cadáveres distribuidos con una simétrica dulzura y llevo el producto del robo con una cesta, sin darle importancia». Soy el timonel, el insustituible pastor de la negra voluta del volante del automóvil desatado sobre los caminos oscuros. Y el jefe repite sin cesar: «Despacio Joe, despacio Joe». Y durante el reparto del botín soy el último en pedir y morir; mi actitud pacífica es evidente y mi cadáver se rodea de abandono, un abandono que siempre he premeditado cuidadosamente en las vigili-
as que el oficio impone.

FEROCIDAD DE LOS NAVEGANTES

Puedo ver sus zapatos diminutos creciendo a borbotones hacia arriba incrustándose en las largas piernas azules, trepando más y más hasta alcanzar su redonda boina de marinero. Está solo y espera la hora de zarpar. Es el estampido de las velas que escucho, su cuchillo solitario separando el horizonte del cielo bajo, este muro hueco doblado como un seno.

Hay que tomar en cuenta la hechicería del mar, la mano que se descuelga del viento para golpear sus dedos secos. Es un terror continuamente insatisfecho: hablo de las olas y del gran pez que atraviesa su licuosa habitación de aceite, rodeado de su séquito de burbujas centelleantes.

¿Para qué destruir en estas circunstancias el maleficio? Es preferible utilizar las más dulces arpas, el cabello de las mujeres desnudas, que llegan de pronto besándonos y dando vueltas en torno de nuestro deseo. Y es fugaz su permanencia. Se van cumplida la entrega de sus pechos delgados como láminas, se van de sus muslos transparentes y marchitos. Son ahora las campanas que hacen huir las redes y trepan hacia abajo como ladrones y el Gran Capitán que asoma con una copa. No podría hablarse de una danza. Pero tal vez sería más acertado decir que se escucha un chasquido de gotas separadas—sin ninguna relación entre sí—que suben formando un gran pájaro desordenado.

Prosigue la faena con un silencio repartido en cada corazón, porque cada pescado hace estallar la sangre cuando el límite del mar cuelga como un ahorcado, bajo su prisión celeste. Es en verdad agotadora esta tarea y luego cuando son levantados y ellos hacen sonar sus monedas, cae volcándose como una danza imposible de descifrar esta carga de ojos.

Entonces comienzan a correr por la borda y el Capitán es asaltado y aún más, atravesado por estos ojos.

Y el Capitán toca todas las luces de peligro, pero la tripulación está ya sucumbiendo, se está llenando de ojos como de una peste y cada vez que piden auxilio les entra un pez por la boca, una flecha enfurecida que se sumerge vibrando por la sangre; estableciendo el desorden.

Es mi alma, el abismo, el vértigo de la invasión y ellos galopan mientras los hipocampos rasgan mi angustia, como la pezuña de una yegua hambrienta.

¡Oh Gran Capitán! Tú, Gran Invadido, mira como he sido vengado. El mar ya ha puesto sus huesos para cantar, es el primer arrullo de la criatura que ha perdido su destino y él entabla el vaivén de los flotantes cadáveres, él deshilvana, él ovilla mi sangre y cae huyendo un despavorido manojito de pescados que se llevan mis huesos y me dejan sino una forma precisa señalándome los luminosos caracoles que allá abajo se contonean como una ninfa que reconozco cuando tomo su miel, destinada para mi muerte. Soy el náufrago, el habitante del temblor, pero nadie quiere reconocerme y mi nueva voz es tan solo un coro de arena destinada a llenar el insondable hueco de unos melancólicos ojos vacíos.